



Actas de las VII Jornadas de Investigación en Filosofía para profesores,
graduados y alumnos

10, 11 y 12 DE NOVIEMBRE DE 2008

Departamento de Filosofía
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad Nacional de La Plata
ISBN 978-950-34-0578-9

Lenguaje y trabajo: continuidades y oposiciones entre diferentes *críticas*

Javier Alegre
UNNE

Este escrito apunta a realizar un análisis de las aproximaciones, similitudes y oposiciones existentes entre lenguaje y trabajo a partir de las elaboraciones conceptuales hechas por Adorno y Horkheimer en la *Dialéctica de la Ilustración* y la clasificación que realiza Habermas de los tipos básicos de acción y de los usos del lenguaje correspondientes, en relación con los principios taxonómicos propuestos por Weber, con el propósito de analizar si las oposiciones planteadas entre comunicación y lenguaje resultarían del todo pertinente o hasta dónde podrían implicar quitar al trabajo la posibilidad de ser una interacción simbólica con potencialidad emancipatoria para el género humano.

De los desarrollos conceptuales que realizan Adorno y Horkheimer, aquí nos interesa retomar el modo en que los rasgos que la abstracción instrumental otorga al trabajo y el lenguaje son claves en la constitución del sujeto moderno burgués. En la construcción del ego moderno son de suma importancia la reflexión y evaluación acaecidas en el fuero interno para poder lograr el autocontrol y, a partir de allí, relacionarse satisfactoriamente con el entorno social y natural. El dominio de sí mismo es lo que origina la autoconciencia y lo que permite obtener el dominio sobre los otros y sobre la naturaleza; de no lograrse el primero, es inútil pretender los segundos. El sujeto burgués de la modernidad es quien enfrenta al mundo natural desde una posición de inferioridad, en cuanto al poderío de sus fuerzas, pero logra sobreponerse a esta situación a través de su inteligencia y coraje, para lograr lo cual debe conocerse a sí mismo, dominarse y actuar de acuerdo con ello en las circunstancias que afronta. De acuerdo con el análisis que realizan Adorno y Horkheimer de la *Odisea* en el excursus I de la *Dialéctica de Ilustración*, por una parte, en lo que refiere al trabajo, aquel que

tiene la capacidad de sobreponerse a sus debilidades y a la naturaleza (representado por Ulises, como figura señera de los rasgos que encerrará el *homo economicus* moderno) es quien no está obligado a realizar tareas físicas, manuales, y quien puede disfrutar de la belleza del arte (canto de las sirenas) y experimentar el goce estético, en tanto que aquellos que no son suficientemente astutos y templados para lograr la auto-continencia y enfrentar las adversidades (remeros), deben trabajar esforzadamente, desentenderse de las demás cuestiones y quedan sometidos al ritmo monótono de la tarea que realizan. El trabajo es la *carga* que deben soportar quienes no demuestran autodominio, se realiza bajo constricción, es reiterativo y queda escindido del goce. En tanto que por la otra parte, en lo concerniente al lenguaje, este distanciamiento se corresponde con la estricta separación e irreconciliabilidad entre el lenguaje informativo, científico -que tiene a la palabra como signo y cálculo- y el lenguaje narrativo, artístico -que tiene a la palabra como imagen y metáfora-; el primero pasa a ser el modelo por excelencia para toda elaboración discursiva pues es el que permite convertirnos en amos de la naturaleza, las demás formas de lenguaje quedan relegadas por impuras o insuficientemente formalizadas.

El lenguaje, al igual que el pensamiento según los lineamientos frankfurteanos, no tiene por misión principal llegar a la verdad, sino lograr la operación, el procedimiento eficaz. A partir de entonces, el lenguaje que posee las mismas características que la producción industrial -reproducibilidad, expansión y dominio- será el distintivo de la sociedad occidental y se convertirá en el objeto preferencial de estudio y desarrollo; de allí que desde el inicio “los símbolos toman el aspecto de fetiches. (...) El estremecimiento objetivado en una imagen consistente se convierte en signo del dominio consolidado de los privilegios”.¹ La situación descrita da por resultado la semejanza entre los procedimientos de la fabricación industrial y los propios del lenguaje, en palabra de los autores: “los instrumentos de dominio, que deben aferrar a todos: lenguaje, armas y, finalmente, máquinas, deben dejarse aferrar por todos. Así, en el dominio se afirma el momento de la racionalidad como distinto de él”.² Esto conduce a que la supuesta desmitologización del lenguaje acaecida en la modernidad revierta finalmente en un tipo renovado de magia.³

¹ Adorno, Theodor y Horkheimer, Max (1998). *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid, Trotta, p. 75.

² *Ibíd.* p. 90.

³ Cfr.: *Ibíd.* p. 209-10: “Cuanto más íntegramente se resuelve en lenguaje en pura comunicación, cuanto más plenamente se convierten las palabras, de portadoras sustanciales de significado, en puros signos carentes de cualidad, cuanto más pura y transparente hacen la transmisión del objeto deseado, tanto más opacas e impenetrables se hacen al mismo tiempo esas palabras. (...) De este modo, los términos mismos se hacen impenetrables, conquistan un poder de choque, una fuerza de cohesión y de repulsión, que los asimila a su opuesto, el oráculo mágico”

En resumen, en la mirada frankfurtiana el lenguaje puede ser legítimamente emparentado con los procesos laborales e industriales en general en cuanto a que ambos tienen como componentes centrales -sin menospreciar otras semejanzas- la repetición mecánica, acrítica, las técnicas de manipulación, el afán de imposición y esclavizar a la funcionalidad. Estos aspectos son constitutivos y no puede entenderse, siquiera pensarse, a los mecanismos industriales y lingüísticos independientemente de ellos.

La crítica radical a la racionalidad científico-técnica moderna, a la *teoría tradicional* (en cuanto propulsora de la formalización y matematización de las ciencias y de la ilusión de libertad y autonomía del científico respecto de las esferas social y política) y a la reducción de la razón en *razón instrumental* (razón basada en la relación funcional entre medios y fines para alcanzar intereses particulares y puesta al servicio de los grupos sociales dominantes), realizada por Horkheimer ya en sus escritos de la década del '30 y continuada en los de la del '40,⁴ fue retomada en parte por Habermas, ya pasada por el tamiz de la pragmática del lenguaje, bajo la forma de crítica a la racionalidad con arreglo a fines, procedimental o teleológica y su incapacidad para dotar de sentido a la vida humana (incapacidad que ya había sido señalada en forma señera por Weber y es reapropiada en esa clave por Habermas). Pero este último considera que tras la crítica devastadora realizada por Adorno y Horkheimer el proyecto iluminista quedó sumido en un verdadero *impasse*; situación de parálisis en la que la única posibilidad de escape pasa a estar constituida por los aportes de la pragmática lingüística contemporánea; de allí los intentos habermasianos de retomar varios objetivos modernos, renovándolos a partir de dichos aportes, y el cariz de su propuesta teórica, en la que hace residir en la racionalidad comunicativa las potencialidades emancipatorias del género humano.

Habermas se presenta como continuador del *giro lingüístico* y, por ello, el reaseguro de la racionalidad humana para el filósofo alemán no se encuentra en ninguna instancia ajena o superior, sino que reside en lo que los seres humanos decimos y hacemos en nuestras acciones compartidas; el lenguaje desplaza a la conciencia del centro de las investigaciones filosóficas, los seres humanos ya no nos distinguimos por poseer una razón en abstracto sino por ser sujetos capaces de lenguaje y acción. La actividad lingüística es la más propia del género humano, de no utilizar el lenguaje para alcanzar el entendimiento estaremos malogrando la más preciada de nuestras capacidades e incurriendo en acciones de racionalidad parcializada o degradada. Y, a su vez, el lenguaje no puede ser comprendido con

⁴ Cfr. básicamente: Horkheimer, Max (1998). *Teoría Crítica*. Bs. As., Amorrortu y Horkheimer, Max (1973). *Crítica de la razón instrumental*. Bs. As., Sur.

independencia del entendimiento a que se llega en él pues dicho entendimiento es la función del habla, aunque no siempre en toda comunicación se busca el entendimiento.⁵

Teniendo en cuenta esto, Habermas clasifica los tipos básicos de acción y de los usos del lenguaje correspondientes, de los cuales resultan de interés aquí el estratégico y el comunicativo. Las acciones estratégicas son el resultado de la interacción entre sujeto y mundo en base a criterios de verdad y eficacia, el actor interviene en el mundo con el objetivo de conseguir una meta, son causalmente eficaces y no se pueden dar a conocer a sí mismas, solo lo hacen a través de las acciones lingüísticas. Las acciones comunicativas son producto de la interacción entre sujetos para llegar a acuerdos consensuados, son actos con los que un hablante puede entenderse con otro acerca del mundo, son autorreferenciales: se interpretan a sí mismas, no tienen por propósito el obrar sobre el mundo y poseen una fuerza unificadora sin coacción propia del habla argumentativa. Así se diferencian las *actividades estratégicas* de las *acciones orientadas al entendimiento*, en cada una de ellas se cumplen distintas condiciones de racionalidad. En los actos del saber proposicional de las acciones estratégicas se emplea la *racionalidad con arreglo a fines*, y en los actos comunicativos se utiliza la *racionalidad comunicativa*. La primera se rige por reglas que implican predicciones condicionales, se orienta al control de procesos objetivados, sean sociales o naturales, y está sancionada por el éxito o fracaso frente a la realidad, es el trabajo; en tanto que en la segunda predominan los momentos de complementariedad, cooperación y reciprocidad y se apunta a un acuerdo intersubjetivo exento de imposiciones exteriores a las propias voluntades. El lenguaje no es utilizado como mero medio de transmisión de informaciones, sino también como fuente de integración social.

Con esta división, Habermas establece una clara diferenciación entre la categoría *trabajo* –proceso por el cual el hombre se independizaría de la naturaleza y donde predominaría el interés por el dominio técnico del entorno natural y social– y la categoría *interacción comunicativa* –donde primarían las cuestiones relativas a las relaciones sociales entre sujetos que se comunican entre sí–, que a su vez se prolonga en la estricta separación entre *mundo de la vida* y *sistemas de acción* y sus respectivos componentes. Esta segmentación deja en claro que el progreso técnico no implica el aumento de comportamientos racionales dentro de la sociedad en que se producen dichos adelantos tecnológicos; es decir que el acrecentamiento de las fuerzas productivas y de la eficiencia administrativa no es reaseguro alguno del pasaje desde una organización social con

⁵ Cfr. básicamente: Habermas, Jürgen (2003). *Teoría de la acción comunicativa I y II*. Madrid, Taurus; Habermas, Jürgen (1990). *Conocimiento e interés*. Madrid, Taurus; y Habermas, Jürgen (1991). *Conciencia moral y acción comunicativa*. Barcelona, Península.

instituciones basadas en la fuerza o el sometimiento a otra con relaciones sociales libres de dominación o en un mayor plano de igualdad.⁶ La oposición entre las notas predominantes en las actividades laborales y en las actividades lingüísticas implicaría reducir al mínimo las posibilidades de que el trabajo sea una interacción simbólica con potencialidad emancipatoria para el género humano, ya que reserva dicha propiedad a las cualidades expresadas esencialmente en el lenguaje.

- Consideraciones finales

En esta parte final hago algunas puntualizaciones y prolongaciones conceptuales basadas en lo presentado hasta aquí, pero sin pretensiones concluyentes sino más bien como una definición inicial para ser continuada posteriormente.

La perspectiva de Adorno y Horkheimer nos permite poner en cercanía a lenguaje y trabajo. El impulso de la sociedad occidental tiene su base en el desarrollo industrial posibilitado por los avances científico-técnicos, y el lenguaje -en cuanto artefacto humano- no pudo ni puede escapar de esta lógica potente, sí, pero reduccionista. Por ello, el lenguaje es cuantioso, prolífico, productivo en extremo, pero a su vez es estandarizador, empobrecedor, deja pocas posibilidades para la diversidad de sentidos; y asimismo tiene el poder de prolongar el dominio humano y de mantener en congruencia las relaciones de fuerza y las relaciones de sentido, de modo que las imposiciones, fronteras y violencias simbólicas aparecen ya legitimadas y son imperceptibles para la mayoría de la población. El lenguaje, al calor del ritmo fabril y febril, no puede dejar de producir sentidos, conceptos, representaciones, comunicaciones, pero tampoco puede evitar generar -o cuando menos reafirmar y sofisticar- diferencias, desavenencias, desintegraciones, exclusiones.

En cuanto a la aproximación habermasiana, entender el trabajo únicamente como acción destinada a la performatividad técnica y como un ámbito en que todas las interacciones simbólicas que se establecen son derivadas o defectivas, nos resulta una concepción reduccionista de dicho término que conlleva un doble peligro: uno, en el plano teórico y el otro, en el fáctico. En el aspecto teórico, otorgar una preeminencia antropológica al lenguaje sobre el trabajo⁷ ni se condice con el proceso histórico que siguieron los seres humanos -a partir de la necesidad de realizar tareas en conjunto para la supervivencia entraron en relación grupos numerosos y comenzaron a utilizar medios simbólicos para

⁶ Cfr. especialmente: Habermas, Jürgen (1994). "Trabajo e interacción. Notas sobre la filosofía hegeliana del período de Jena". En: *Ciencia y técnica como "ideología"*. Madrid, Tecnos.

⁷ Sostengo que es antropológica pues la interacción lingüística es para Habermas más *humanizante* (liberadora del género humano) que las entabladas en los contextos donde predomina otro tipo de interés que no sea el comunicativo.

facilitar el entendimiento—, ni resulta conceptualmente fructífera al momento de abordar los procesos sociales actuales. En tanto que en el aspecto fáctico, puede conducir al desinterés por el trabajo como actividad intrínsecamente humana y ser proclive a generar nuevas formas de deshumanización, o recrudescimiento de las ya vigentes, en ese ámbito. Consideramos que tanto el lenguaje como el trabajo, de acuerdo con el modo y el contexto en que sean realizados, pueden dar origen a procesos de alienación o, por el contrario, transformarse en generadores de formas más *humanizadas* de vida. Una división tan notoria entre ambas esferas responde más a fines teóricos que a una situación real: tanto porque es muy difícil presentar ejemplos de trabajo con relevancia social en los cuales no se produzcan procesos de interacción simbólica que pueden cumplimentar las tres pretensiones de validez requeridas (verdad, rectitud, veracidad),⁸ como por el hecho de que las acciones lingüísticas en un escasísimo porcentaje se establecen fuera de ámbitos motivados por intereses teleológicos o estratégicos. La historia humana no resulta de la interacción comunicativa libre, sino de la coacción, represión y lucha mediante relaciones institucionalizadas de poder, en las que participa el lenguaje junto con otras formas simbólicas productoras tanto de liberación como de opresión.

En fin, a modo de cierre provisorio, la imbricación de las actividades simbólicas y comunicativas con los procesos productivos y socio-económicos hace estéril el intento (*malgré* Habermas) de fijarles condiciones particulares a las primeras, cuasi-independientes de las segundas, como reaseguro de ciertas potencialidades específicas y redentoras. Más bien en el enclave en que se articulan estas diferentes esferas y en la redefinición de las funciones de los distintos elementos que las componen (y que posibilitan las integraciones sociales y sistémicas en términos habermasianos) es que residen las posibilidades -remotas posibilidades- de que las prácticas lingüísticas, al igual que las laborales, no sean un engranaje más en la producción de violencia, fijaciones simbólicas, barreras e inequidades crecientes.

- BIBLIOGRAFÍA:

- Adorno, Theodor y Horkheimer, Max (1998). *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid, Trotta.
- Habermas, Jürgen (1990). *Conocimiento e interés*. Madrid, Taurus.

⁸ En el lenguaje se entablan pretensiones de validez susceptibles de fundamentación y crítica; son las siguientes: a) verdad: el contenido proposicional debe reflejar una experiencia o hecho capaz de ser compartido. Corresponde al mundo objetivo; b) rectitud: el acto de habla debe adecuarse al contexto normativo existente. Corresponde al mundo social; c) veracidad: lo expuesto debe coincidir con lo que el hablante piensa de la situación. Corresponde al mundo subjetivo. Cfr.: Habermas, Jürgen (2003).

- Habermas, Jürgen (2003). *Teoría de la acción comunicativa I. Racionalidad de la acción y racionalización social*. Madrid, Taurus.
- Habermas, Jürgen (2003). *Teoría de la acción comunicativa II. Crítica de la razón funcionalista*. Madrid, Taurus.
- Habermas, Jürgen (1991). *Conciencia moral y acción comunicativa*. Barcelona, Península.
- Habermas, Jürgen (1994). *Ciencia y técnica como “ideología”*. Madrid, Tecnos.
- Horkheimer, Max (1973). *Crítica de la razón instrumental*. Bs. As., Sur.
- Horkheimer, Max (1998). *Teoría Crítica*. Bs. As., Amorrortu.